

pudiéramos ver el juego íntimo de nuestro cerebro, veríamos como grupos de celdillas van coordinando grupos de ideas y relaciones de ideas hasta que una de ellas recibe y condensa, como en el centro de muchos radios, el trabajo de esas celdillas para reflejar la unidad del resultado, para vibrar con la luz íntima de la verdad descubierta; pero sin el trabajo previo de esas celdillas, la que recoge y refleja todo el resultado no podría, ciertamente, llegar á la conciencia de la verdad descubierta. Pues las inteligencias pensadoras de todos los siglos son las celdillas sociales, y el hombre de genio es la celdilla dotada de propiedades activas especiales que recoge, condensa y refleja el trabajo de todos los pensadores que le precedieron ó de los coetáneos (1).

(1) ... "Si no queréis tomar en cuenta (dice Spencer, *Ciencia Social*, pág. 35) los resultados acumulados por la experiencia y expresados en proverbios populares, lo mismo que en generalizaciones de psicólogos; si suponéis y aceptais que un Newton puede nacer de una familia de Hotentotes, que un Milton pueda surgir en medio de los salvajes Andamnes; que un Howard ó un Clarkson pueda tener á fidiós por parientes, entonces y sólo entonces lograréis explicar el progreso social como obra de un Gran Hombre. Pero si toda la ciencia biológica apoyando todas las creencias populares acaba por demostraros que es imposible que un Aristóteles provenga de un padre y de una madre cuyo ángulo facial mida 50 grados, y que no hay la menor probabilidad de que un Beethoven surja en una tribu de caníbales cuyos coros enfrente de un festín de carne humana se parecen á un gruñido rítmico, entonces estaréis obligados á admitir que el génesis del *grande hombre* depende de larguísima serie de influencias complejas que han producido la raza en medio de la cual aparece y el estado social á que esa raza ha llegado lentamente. Si es cierto que el grande hombre puede modificar á su nación en su estructura y en sus acciones, es cierto también que antes de su aparición han existido forzosamente modificaciones anteriores que han constituido el progreso nacional; *antes de que él haya podido reformar (refaire) á su sociedad, ha sido necesario que su sociedad lo haya hecho á él mismo.* Todos los cambios de que es autor *inmediato* tienen sus causas principales en las generaciones de que descende; si existe una explicación verdadera de estos cambios, es preciso buscarla en ese agregado de condiciones de las que han

89. Se ha observado, y con mucha exactitud, que la conducta de los grupos no es una simple suma de voluntades, sino una verdadera combinación de ellas; se ha observado que en un parlamento, al que cada miembro lleva opiniones preconcebidas y personales, no decide los negocios por el resultado aritmético de esas opiniones, sino que ellas se cruzan, cambian y modifican produciendo más que resultados aritméticos, combinaciones químicas (como dice un estadista) de voluntades. La conducta de cada individuo, dice Cumplowicz, está determinada no por motivos psicológicos individuales, sino por motivos sociales, esto es, que el individuo obra en *oda* situación (y bastaría que en *lo general* obrara así para atenerse al grupo y prescindir del individuo), según la opinión de los que le rodean (y he aquí una ley sociológica), siendo éste, sin embargo, un hecho al que se atribuye poca importancia. ¿Qué es lo que impulsa al fallido á suicidarse? Desde luego que no quiere aparecer quebrado ante el mundo, esto es, ante los hombres con quien está en relación. La causa de esto es, que el hombre no puede vivir solitario, que es una *creatura de horda*, que no puede renegar nunca de este carácter y se deja guiar por la opinión de la horda (que cambia por leyes psicológicas inevitables). ¿Qué es lo que obliga al europeo á mudar vestido al calor del sol abrasador del Estío, lo cual no corresponde á sus necesidades individuales, sino más bien á la opinión del *mundo*? ¿Qué es lo que nos fuerza á obedecer á la moda? Motivos sociales; y esto es cierto para las cosas insignificantes y baladíes, como para las de importancia. El insignificante burgués se dirige según la opinión pública de sus

salido tanto los cambios como el *hombre*. (Véase todo el capítulo de donde tomamos esta cita).

relaciones; y el poderoso Monarca está atento al veredicto de la historia. Pero esta opinión pública se forma *socialmente*, esto es, no por consideraciones individuales, sino por el contacto mutuo de un gran número de hombres que obedecen á los intereses del grupo, y por esto la opinión del grupo se pronuncia siempre contra la disminución y en pro del aumento de ese poder ó autoridad; ella aprueba lo que aumenta su bien y sus recursos, y reprueba la que la hace perder. La eficacia de esta opinión va desde las masas inferiores de una colectividad á lo largo de toda la escala social, fortificándose siempre, hasta llegar á aquellos que se encuentran en la cima. Un Jefe de ejército se deja arrastrar por la opinión para dar una batalla, aunque las probabilidades sean desfavorables á su ejército, ¿por qué camino le ha influenciado esta opinión? Se forma por el contacto de los soldados entre ellos (determinada por el conocimiento de la necesidad ó por el simple sentimiento patriótico ó de partido), se transporta al cuerpo de los oficiales y por el estado mayor gana al jefe que tiene que tomar en cuenta la opinión de su ejército. Si se siguiese más lejos el examen de la formación de esta opinión al contacto de las multitudes, se encontrarían naturalmente motivos egoístas: la victoria de los enemigos reserva provechos al individuo, ya sea el botín ó el honor; pero esta opinión, sin embargo, obra siempre *socialmente*, pues el individuo que se sintiera impulsado quizá por motivos personales más fuertes, á renunciar á los provechos esperados, se encontraría bajo el imperio de la opinión pública que obedece al interés general. Así es como se forma la opinión de cada grupo, de cada colectividad, y así es como subiendo la escala social arrastra irresistiblemente á los individuos que están en la cima.»

90. «El crimen hasta hoy (dice Sighele) había quedado

como una acción estrictamente individual, quizá como la acción más individual que toda otra, y en los criminalistas se había perdido la noción del crimen *individuo*, como en los teólogos se había perdido la noción del crimen colectivo. Cuando los atentados de los conspiradores ó las hazañas de una cuadrilla de bandidos obligaban á reconocer la existencia del crimen cometido colectivamente, los juristas se apresuraban á descomponer esta *nebulosa* criminal en delitos individuales, de los que se sostenía que el colectivo era el resultado; Hoy los términos del problema han cambiado; hoy la dificultad no consiste en encontrar crímenes colectivos, sino más bien en encontrar crímenes que no lo sean, es decir, que no impliquen la complicidad del medio. ¿Qué ha pasado, pues? Una cosa muy sencilla; pero cuyos efectos envuelven una revolución. La creencia en el libre arbitrio, una vez destruida, el pobre cerebro humano, que se consideraba como un rey absoluto cuyos decretos tenían un carácter espontáneo é intangible, ha descendido al rango de rey constitucional, cuyos decretos no son sino el reflejo necesario de una multitud de factores físicos, morales é intelectuales que no le dejan sino una mezquina libertad.

91. «Hoy se podría preguntar si hay crímenes individuales, en el mismo sentido que se ha disputado para saber si hay obras de genio que no sean obras colectivas. Sin duda toda acción humana tiene una causa evidente, definida, precisa: *una persona*. Pero porque esta persona ha obrado materialmente ¿podemos decir que pueden encontrarse en ella y sólo en ella, todas las causas y todas las condiciones infinitas que han producido esa acción? El individuo aun en el caso de obrar solo, ¿no está movido, sin saberlo ni él, ni nosotros, por una multitud invisible é innumerable, la de sus antecesores, de sus

compatriotas, la de los que le han educado, cuyas diversas influencias combinadas é imaginadas en su cerebro despiertan en conjunto y bruscamente en ciertos momentos, verdadera muchedumbre interior, que hormiguea y fermenta bajo su cráneo? Quitad á un criminal en el momento de su crimen ó á un inventor en la hora de su descubrimiento todo lo que pertenece á las influencias anteriores (educación, instrucción, atavismo, etc.) ¿qué les quedará? Bien poca cosa; y una cosa por cierto que no necesita aislarse para individualizarse: el *yo*, este pequeño pronombre que encierra un inmenso misterio, este misterio de nuestro organismo cuyo modo de formación ignoramos, aunque conocemos las partes de que se compone; esta fórmula psicológica que nadie hasta hoy ha descifrado, que es invisible como el aire, impalpable como el fuego, y sin embargo, poderosa y eterna como la vida.

92. «Docenas y centenas de personas han podido ver caer una fruta del árbol bajo el cual estaban sentadas, han podido observar las oscilaciones isócronas de la lámpara de una iglesia; pero sólo el genio, el *yo* de un Newton ó de Galileo pudo encontrar en esos hechos comunes la revelación de una *gran* ley física. Así también las condiciones actuales de la vida social sugieren y ofrecen á millones y millones de personas el pretexto de un crimen; pero sólo la naturaleza criminal, el *yo* de un Ravachol, de un Troppman, de un Tieschi puede encontrar en esas condiciones el impulso que hará lanzar una bomba ó disparar un revólver. En un sentido, pues, todas las acciones *son colectivas*, y en otro sentido son individuales; es que son en realidad el efecto de un choque entre dos fuerzas, el individuo y el *medio*, como toda enfermedad es la consecuencia del encuentro del microbio y de un terreno en que el microbio ha podido desenvolverse.

Hay entre el individuo y el medio una relación que llamaría yo osmosis y endosmosis; muchas veces es la primera la que influye sobre la segunda, muchas veces es la segunda la que influye sobre la primera. Seguramente el individuo tiene que confundirse con el medio para tener conciencia de sí y para fortificarse; como todo organismo animal *se nutre de aquello que le transforma.*»

93. Y eso que le transforma es la acción colectiva, la acción social consciente y refleja; porque en la sociedad, como en el individuo, hay actos conscientes y actos reflejos. Y nada explica mejor esa acción colectiva, esa sujeción ó dependencia del individuo al grupo social como la observación muy vulgar (1), pero precisamente por

(1) El mismo Novicow observa lo que casi todos los psicólogos han observado, y es que se pueden formular como una *ley* (psicológica y social) las siguientes proposiciones: *los hechos que atraen la atención diaria de la sociedad, están en razón inversa de su importancia.* . . . Los fenómenos que se repiten diariamente no llegan á producir una sensación en el sensorio ó conciencia social. Como se está habituado á ver nacer y morir á los hombres, no se ha comenzado sino muy tarde á observar el movimiento de la población, dice Blok. Esta observación puede ser generalizada, pues precisamente una de las cosas que ha impedido el progreso de la sociología, es que la importancia de un hecho social está en razón *directa* de su frecuencia y precisamente por el hecho de repetirse millares y millares de veces, parece muy natural y se escapa á la observación, y las historias sólo consignan los hechos que hieren la imaginación, los que no tienen importancia científica." "Los fenómenos (dice Cumpłowicz) que están más *distantes* del hombre, son los que han sido primeramente sometidos á observación científica. El cielo estrellado atrajo desde luego la atención investigadora antes que el reino vegetal; la geografía es una ciencia posterior á la astronomía; y la formación del globo terrestre que está más alejada de nosotros, ha sido objeto de estudios científicos mucho tiempo antes que los fenómenos sociales y la vida de los pueblos. Newton y Laplace aparecen antes que Comte y Spencer. Lo que está cerca de nosotros, aquello con lo que estamos familiarizados por la vida cotidiana, no lo observaríamos científicamente, sino muy tarde, por la sencilla razón de que el hombre no piensa en ello creyéndolo conocer perfectamente. Los fenómenos sociales de la vida ordinaria nada tienen para él de singular y

eso, muy exacta de Novicow. "Se confunde, dice, constantemente el *absolutismo* (de los Gobiernos) con su omnipotencia; y en esto hay una ilusión, pues lo contrario es lo que pasa generalmente. Por la naturaleza de las cosas un Gobierno absoluto dependerá más de las ideas medias que reinan en el país, que un Gobierno constitucional. El primero necesariamente será más tradicional que el segundo, ¿y qué quiere decir tradicional? Esto quiere decir someterse *completamente* á las ideas de *otro*, puesto que se somete á las ideas de los antecesores que han bajado al sepulcro; y es fácil demostrar que los Gobiernos absolutos son los menos libres de ejecutar sus propios designios. . . . En las monarquías absolutas, los partidos no pueden desplegar una completa actividad, y por lo mismo los progresistas ejercerán una acción muy débil y necesariamente los tradicionalistas tendrán el campo libre y serán por esto más fuertes. En Inglaterra las reformas se realizan continuamente; en Persia y en China los gobiernos son todo lo que hay de más autocrático, y sin embargo no pueden moverse hace siglos. Mientras más absoluto es un monarca, más se encuentra sujeto á cadenas. . . . El Papa nombra los Cardenales, los que á su turno designan al Papa, lo que hace un círculo cerrado. En principio el Papa es el jefe absoluto de la Iglesia y puede hacer lo que quiere; en realidad hace siempre lo que quiere la Curia (que si-

tiene respecto de ellos explicaciones suficientes, naturalmente supersticiosas y erróneas, pero de todos modos satisfactorias para el hombre. Mas estos fenómenos sociales de la vida ordinaria forman con su sucesión cronológica la vida de los pueblos y la historia, y es natural que el hombre vea la historia ó la vida de los pueblos de manera de considerar los fenómenos y que se sienten satisfechos por explicaciones habituales inculcadas en su espíritu desde su infancia." Se necesita mucho talento, dice otro autor, para *observar* las cosas vulgares.

que las corrientes de las creencias de todo el clero de la cristiandad); los Papas pasan, pero salvo matices insignificantes, la política papal continúa. Lo mismo pasa en los Estados laicos; en teoría los soberanos absolutos encargan las funciones gubernamentales á quien les place; en realidad la elección les es impuesta por necesidades del momento y los altos funcionarios llegan casi á imprimir su voluntad al Soberano; ellos gobiernan bajo el nombre de aquel; el Soberano tiene el *nombre* de la autoridad, aquellos la poseen. Estos hechos han sido observados hace tiempo, pues los delegados venecianos decían al fin del siglo XVII que el Rey de España es solamente el jefe de una aristocracia de funcionarios, y que el Estado más absoluto de Europa se parece á una república.»

94. He aquí, pues, hecha sensible con ejemplos esta verdad fundamental de la sociología: la acción de las colectividades humanas es independiente de la acción de individuos determinados y está sujeta á *leyes naturales* accesibles á una previsión científica; verdad que no es sino el resultado de otras dos verdades indiscutibles, á saber: que el individuo es obra del grupo á que pertenece; y que sus actos están determinados por la influencia del grupo (1). Novicow que para dar la más hermosa de las explicaciones y confirmaciones de estas verdades acepta el *determinismo* en los individuos, no lo acepta respecto del grupo social, incurriendo en una notable

(1) Las relaciones de una cierta masa de hombres entre sí ó con otra masa de hombres (dice Greef), crean efectos que aunque participan de la naturaleza fisiológica y psíquica de las unidades componentes, dejan un residuo inexplicable por *las otras leyes antecedentes* de la sociología. La fuerza colectiva del supraorganismo social no es equivalente de fuerzas colectivas adicionadas de organismos individuales, como esto no es equivalente de la adición de las unidades fisiológicas componentes.

contradicción. «La acción recíproca de los hombres los unos sobre los otros, produce un resultado particular; cincuenta individuos en una sala podrán pensar y obrar de distinta modo de que como piensan y obran aisladamente. Esto es incontestable; mas los actos psíquicos que afectan estos hombres provendrán de sus ideas y de sus sentimientos internos y no únicamente del hecho sólo de que estén reunidos; el motor inmediato será siempre un acto psíquico. Se puede admitir el determinismo psicológico (del individuo), pero no el determinismo social; las acciones de los hombres son siempre conformes á lo que les parece ser su interés. Apresurémonos á decir que no se trata de un interés puramente económico, no; entendemos por interés la impulsión victoriosa, aquella que ejerce mayor atracción en un momento dado, en suma, la volición más poderosa. Ahora bien, lo que se considera como un interés proviene á su turno de las *ideas* y de los *conocimientos* que se tienen.» ¿Pero estas *ideas* y estos *conocimientos* no están *determinados* en la sociedad por causas extrañas á la *libertad* del grupo? La mayor potencia intelectual de la raza, los azares de un descubrimiento, la situación climatérica y geográfica, las consecuencias fatales ó la lógica inevitable de una teoría, etc., ¿no son las causas extrañas á la libertad que engendran las *ideas* y los *conocimientos*? ¿Es libre la China para estar poblada por una raza inhábil para las altas especulaciones morales y científicas? El mismo Novicow se contradice cuando asienta en la misma obra que estamos muy lejos de conocer las variaciones fisiológicas; pues lo mismo podemos decir de las variaciones sociales. Ciertos grupos parecen refractarios á todo cambio durante muchos siglos; luego, repentinamente, sin saber por qué, se propaga una irrupción de ideas nuevas que transforman radicalmente las instituciones de un país. ¿Por qué el

Japón tan conservador hasta 1868 ha cambiado súbitamente? Esto es lo que nos es imposible decir; hay aquí un *juego de fuerzas* tan complejo, que se escapa aun al análisis.» Si pues hay juego de fuerzas, esas fuerzas son determinadas por *causas*, y esas causas son extrañas á la libertad (1).

(1) La influencia de la opinión en la conducta humana y el hecho de que los individuos obran obedeciendo á leyes que rigen á la colectividad, nunca es tan manifiesta como en México en esta época ó período político. No hay Diputado, Ministro, Jefe militar que en las conversaciones privadas y en su conducta privada no hable con desdén de las elecciones populares y no obre de acuerdo con el hecho real y positivo de que el Jefe del Estado es el que designa diputados, conservando la exterioridad de las formas democráticas y reconociendo en tono de broma, que no son ellos más que *empleados* del Jefe del Poder Ejecutivo, cuya política ha debilitado las instituciones electorales y régimen federativo ó casi extinguido. Gobernadores y altos funcionarios en sus intimidades confiesan y reconocen este hecho y aceptan su papel, ¿pero quién sería capaz de decir esas verdades en lenguaje oficial? En la conducta pública y en el lenguaje público de todos, aparece que hay democracia, elecciones, federación, etc.; y ese lenguaje conserva las formas externas de instituciones en que nadie cree. El alma del hombre, de todo hombre, por grande que sea, está llena de pequeñeces, y sin embargo, esas pequeñeces nunca aparecen en la conducta social; es bien conocida la frase de un gran diplomático según lo que *no hay hombre grande para su camarista*; pues bien, aun para ese camarista sería más pequeño el hombre grande si penetrara en los íntimos secretos de su conducta. Un literato dizque cultiva las letras por el progreso de ellas, y en el fondo las cultiva por la vanidad pueril de que salga su retrato en un almanaque; otro dizque defiende la religión por celo católico, y realmente busca la manera de insultar bajo pretexto religioso á aquellos á quienes envidia, ó el medio de obtener un empleo haciendo la oposición; aquel habla de la democracia y de las instituciones en lenguaje catoniano, pero en el fondo su empresa periodística es simplemente una empresa mercantil que busca el lucro; el Prelado eclesiástico dizque procura conservar incólumes los fueros de la Iglesia, pero la verdad es que procura ejercer el ascendiente de sus vanidades y realizar sus ambiciones de dominio moral. Así, en todo el mundo los móviles pequeños y ruines de nuestros actos, revisten motivos *sociales*, y el concepto social, la opinión de los que nos rodean es la que determina la forma y dirección de nuestra conducta.